LA CRUZ vol. 30 (1950)

PERIODICALS

PER
BR
7
.C78
1950

LIBRARY OF PRINCETON
OCT 30 2003
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BR7 .C78
Cruz.

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/lacruz3036miss

LAP

LA CRUZ

3-127. CITTÀ DEL VATICANO
S. S. PIO XII benedicente dalla
Loggia Centrale della Basilica Vaticana

OMO XXX :-: NUM. 360 :-: DICIEMBRE DE 1950

LA TIBIEZA

IV

SUS REMEDIOS

VEAMOS finalmente (1) si un alma que ha caído en la tibieza puede salir de ese estado y volver a una vida fervorosa.

Ante todo, distingamos tres etapas respecto de la tibieza o tres clases de almas tibias: las almas que se encuentran en los grados más graves de la tibieza; —las almas que sólo han entrado en sus primeros grados, los cuales podemos calificar de leves o menos graves; —y las almas que sin poderse considerar como tibias, están sin embargo amenazadas de caer en ese estado lamentable.

Tibieza grave

Ya vimos que en los últimos grados de la tibieza es moralmente imposible salir de ellos y convertirse a una vida fervorosa. Sería preciso que Dios les diera una gracia extraordinaria que esas pobres almas ni la merecen, ni la piden, ni siquiera la desean.

Están ciegas en el orden sobrenatural, puesto que apenas conservan la fe indispensable para no ser here-

(1) Véanse los artículos anteriores sobre el mismo asunto, en "La Cruz", en los núms. de julio, agosto y septiembre de este año.

jes; pero es una fe inactiva, atrofiada, que no tiene influjo alguno en su vida. Como consecuencia de esta ceguera, el corazón se va haciendo más y más insensible hasta llegar a esa dureza de corazón, semejante a la que en el pecador empedernido prepara la impenitencia final.

Porque, como vimos, esas almas están en vísperas de caer en el pecado mortal y aun en el vicio.

¿Su caso será pues desesperado? —Afortunadamente hay una solución en el dogma tan consolador de **la Comunión de los Santos.** Si hay un alma que se interese por esas pobres almas tibias, sus oraciones y sus sacrificios pueden alcanzarles de la Misericordia divina esa gracia extraordinaria de conversión.

¿Dónde encontrar esa alma? —Puede ser un pariente cercano y de mucha virtud que habrá tenido ocasión de darse cuenta de la tibieza extrema de este ser querido; o una persona amiga, que no puede haber mejor oficio de la amistad cristiana que éste; o una religiosa, sobre todo de vida contemplativa, que si ha consagrado su vida a orar y a sacrificarse por los pecadores, no debe excluir a las almas tibias, en cierto sentido más necesitadas quizá; o un sacerdote celoso y santo que se ha dado cuenta en el confesonario del estado de sus penitentes y que, no logrando nada con sus exhortaciones, recurre a la oración y a la penitencia para convertirlos y ablandar la dureza de su corazón.

A las veces también la Misericordia divina, que anda siempre a caza de pretextos y ocasiones para derramarse aún sobre las almas menos dispuestas, encontrará en la misma alma tibia algo que en cierta manera justifique esa gracia extraordinaria de conversión. Por ejemplo, un hecho extraordinario de su vida pasada, como un gran acto de caridad, un importante servicio prestado a la Iglesia, un gran sacrificio; o bien alguna devoción o práctica de piedad, sobre todo al Sagrado Corazón, a la

Sma. Virgen, y que en medio de tantas miserias se ha conservado como una brasita bajo las cenizas.

Una vez que N. S. ha concedido esa gracia tan eficaz que sacude, derriba y tansforma a un alma, nada tan a propósito como practicar unos ejercicios espirituales de encierro y hacer una confesión general de todo ese período de tibieza.

Tibieza leve

El Evangelio de San Juan nos refiere la curación del paralítico de la piscina de Siloé. Tenía 38 años esperando su curación, pero no la había logrado, porque, como le dijo con tristeza a Nuestro Señor: "**Non habeo hominem, no tengo quien me ayude!**" Paralítico como estaba, no podía valerse por sí mismo para sumergirse en el agua cuando era milagrosamente removida por el ángel.

Algo semejante les pasa a las almas tibias de que aquí tratamos. Como espiritualmente son paralíticas, necesitan quien les ayude; más todavía, quien con poder divino les diga: "**Surge et ambula! — ¡Levántate y anda!**"

En términos más claros: las almas tibias necesitan el ministerio de un confesor celoso que les ayude eficazmente a salir de la tibieza con sus exhortaciones y consejos, y proporcionándoles los medios a propósito y acomodados a las circunstancias particulares de cada alma.

Cómo deba proceder el confesor en este caso, no es asunto que convenga tratar aquí, ya que nos dirigimos a los simples fieles. Conviene, sin embargo, indicar los medios generales que ayudan a las almas a salir de esta tibieza incipiente.

Ante todo es necesario que el alma tibia se convenza de que ha caído en la tibieza, pues ya vimos cómo se engaña a sí misma y se hace ilusiones acerca de su estado, creyéndose buena sólo porque no cae en faltas graves.

Para convencerse, basta que con un poco de buena voluntad reflexione en la presencia de Dios y compare

los años de fervor con el descuido y la negligencia de ahora. Es imposible, si considera seria y lealmente una y otra época, que no se convenza de que en lugar de progresar ha retrocedido.

Puede también consultar con un confesor experimentado y que la conozca; seguramente que la confirmará en sus temores y le asegurará que, en efecto, su alma ha caído en la tibieza, pero que todavía es tiempo de salir de ella.

Una vez convencida, veamos cómo ha de curarse.

* * *

Para curar científicamente a un enfermo no hay que atacar los síntomas, lo cual será un simple paliativo; ante todo hay que buscar la causa de donde los síntomas provienen y ésta es la que debe atacarse. De la misma manera hay que proceder con la enfermedad de la tibieza.

Porque la tibieza, aun cuando suele tener los mismos caracteres como los mismos efectos, sus causas inmediatas pueden ser diferentes.

Se puede caer en la tibieza por un afecto desordenado que lejos de combatirlo se ha fomentado y —como un gran parásito— ha absorbido todas las energías vitales del alma. Entonces, en el orden espiritual, el alma está anémica, negligente, sin atractivo. Si quiere volver al fervor, que luche contra ese afecto y lo arranque implacablemente de su corazón.

Se puede caer en la tibieza por un defecto contra el que no se ha luchado y que va creciendo y desarrollándose hasta convertirse en un hábito, en un vicio —sin duda que no grave; no por eso deja de ser un hábito vicioso—. Por ejemplo, el hábito de mentir y engañar hasta llegar a forjarse toda una vida de doblez y de simulación—el hábito de buscar en todo la propia comodidad y huir de toda mortificación—el hábito de murmurar de

todos y a propósito de todo—la ligereza, esa insensatez que nada toma en serio, esa falta de reflexión, de ponderación, de buen juicio que todo lo ve superficialmente —la verborrea, el hábito de hablar a todas horas, de monopolizar todas las conversaciones, y no para decir algo de provecho, sino para hablar de sí mismo y ponderar sus acciones y enaltecer sus hazañas—etc., etc.

En todos estos casos, hay el hábito voluntario del pecado venial, que es lo más característico de la tibieza. Si el alma quiere salir de ella, que luche seriamente contra ese defecto que la hizo caer en tan lamentable estado.

Por último, la tibieza puede nacer simplemente del descuido, de la negligencia, de la rutina con que se llegan a hacer los ejercicios de piedad: oración, misa, comunión, lectura, exámenes, confesión, etc. Además, lo que se hace malhecho acaba por abreviarse y aún por omitirse.

Como los ejercicios de piedad son el alimento que nutre el alma, si se hacen mal o si se omiten, el organismo espiritual se anemia. Para curarse, hay que volver a hacer los ejercicios de piedad con empeño.

* * *

En todo esto hay que evitar un gran escollo: el de querer hacer todo de una buena vez, como si en un momento se pudieran recobrar todas las antiguas energías. Un enfermo que acaba de salir de una enfermedad grave, no por eso recobra al instante todas sus fuerzas como antes de enfermarse; la convalecencia es a menudo más larga y más delicada que la misma enfermedad.

El alma tibia es un alma anémica que empieza a salir de su letargo con un mínimum de buena voluntad Hay por consiguiente que proporcionar el objeto de sus esfuerzos a lo exiguo de sus energías. Y conforme vayan creciendo sus fuerzas, se irá proponiendo objetivos más difíciles. De lo contrario, si pretendiera hacer más de lo

que puede, fracasaría, vendría el desaliento y lo dejaría todo, volviendo a la tibieza.

Por ejemplo, si ha descuidado sus ejercicios de piedad, que no se proponga desde el primer momento hacerlos **todos perfectamente**; sino que tome uno por uno. Puede empezar por la oración y concentrar sus esfuerzos en hacerla bien; y aun puede limitar su propósito a luchar contra las distracciones; o bien, si acostumbra hacer media hora de oración mental, que se proponga trabajar sólo en el primer cuarto de hora y dedicar el segundo a una lectura espiritual o a oraciones vocales, temporalmente.

Peligro de caer en la tibieza

Por último, cuando un alma sin ser propiamente tibia está en peligro de caer en la tibieza, entonces es más oportuno poner los medios antes indicados. Porque vale más prevenir que curar.

Conviene aquí observar que a las veces puede confundirse la tibieza leve o el peligro de caer en ella con un estado más patológico que moral. Hay personas que por exceso de trabajo, sobre todo intelectual, o por grandes penas y contrariedades, o por una debilidad general, o por cualquiera otra causa, sufren una gran depresión nerviosa, una atonía, una abulia, en una palabra, un desgano absoluto, de manera que no tienen alientos para hacer nada. Entonces hay que recurrir, además, al médico.

Debemos también tener en cuenta a las almas lastimadas... Hay humillaciones demasiado duras, injusticias flagrantes, fracasos que hunden toda una vida; cuando estas pruebas se abaten sobre un alma que no tiene un temple casi heroico, la destrozan, la deshacen casi siempre definitivamente. Porque el alma se ve atacada de un desaliento de fondo, algo que pudiéramos llamar **"complejo de inferioridad espiritual"**; se le acaba la fe y la

confianza en los demás y en sí misma, no le quedan alientos para nada y a duras penas va arrastrando una vida que tiene por completamente inútil...

Gran favor del cielo será si esa pobre alma encuentra en su camino un sacerdote según el Corazón de Dios que, como buen Samaritano, cure sus heridas, restaure sus fuerzas y haga de nuevo brillar sobre su abatimiento la lumbre del ideal divino de la perfección. ¿No es la Cruz —la Cruz en todas sus formas, aún las más humillantes— el camino regio que conduce a Dios? ¿No es Él el que jamás decepciona? ¿No encontramos siempre en Él la razón suprema, el sentido profundo de nuestra vida, aunque humanamente parezca destrozada?...

* * *

Queremos terminar recordando un caso típico en el cual podemos comprobar cómo Dios no sólo puede, sino que de hecho ha curado almas tibias y aun las ha llevado hasta la santidad.

A fines del siglo XVI había en Italia, y subsiste hasta nuestros días, una familia de rancio abolengo, la familia Mariscotti, probablemente de origen escocés y descendiente de Marius Scottus, que se estableció en Italia en tiempo de Carlomagno.

En aquella época, uno de sus miembros, Marco Antonio, se unió en matrimonio con Octavia, de la conocida familia de los Orsini. Tuvieron tres hijas, la mayor fué religiosa franciscana en el Convento de S. Bernardino de Viterbo, la segunda se llamó Clara y la más pequeña Hortensia.

A pesar de la educación cristiana que todas recibieron, Clara fué siempre la pesadilla de sus padres, por su frivolidad, su coquetería y su orgullo.

Un hecho vino a poner más de manifiesto su soberbia. Su hermana menor, Hortensia, se casó antes que ella, y con un excelente partido, el Conde de Capizucchi.

Tal fué el despecho que esto le causó a Clara que, con tal de huir de esta que ella creía humillación, prefirió entrar en el convento de San Bernardino.

No podía haber cometido más grave error, pues nunca se debe abrazar la vida religiosa, sino por un motivo sobrenatural.

Con tales disposiciones, ya podemos imaginarnos la vida de Clara en el Convento: ni observancia, ni vida común, ni espíritu religioso. Abusando del influjo de su familia y de las circunstancias especiales de la Comunidad, logró amueblar su celda con una comodidad que desdecía completamente de la pobreza franciscana; tenía además alimentos especiales y delicados, excepción que trataba de justificar con vanos pretextos.

Durante largos diez años arrastró esta vida desedificante. Pero tal vez por las oraciones de la Comunidad y en especial de su hermana, religiosa en el mismo convento, Dios intervino con su mano fuerte y suave.

Empezó por enviarle su mensajera, la enfermedad El confesor tuvo que entrar a su celda para confesarla; y al ver aquel lujo comprendió el estado lastimoso de Clara. Y tanta eficacia puso Dios en la exhortación del confesor, que el corazón de Clara se conmovió y desde ese día empezó su conversión.

No convaleció de esa enfermedad sino para caer en otra más grave y larga que la puso a orillas del sepulcro. Las lecciones que da la muerte completaron la obra comenzada y Clara se levantó de su lecho totalmente convertida.

Desde entonces empezó a llevar una vida de humildad, de penitencia, de pobreza, de observancia, de caridad fraterna, que edificaba a toda la Comunidad. Su lecho era leños nudosos y su almohada una piedra; ceñía siempre su cintura con un cilicio; se disciplinaba hasta bañarse en sangre; coronaba su cabeza con un aro erizado de espinas y ayunaba con frecuencia a pan y agua.

En compensación, Dios empezó a elevar el alma de Clara por las vías de la oración hasta llevarla a una altísima unión con Él. Más aún, para acreditar su virtud. la favoreció con dones extraordinarios: el don de consejo, el don de milagros y el don de profecía.

Finalmente, a los 55 años de edad, el 30 de enero de 1640, se durmió en la paz del Señor.

La Iglesia la colocó en los altares y la venera con el nombre de Santa Jacinta de Mariscotti, nombre que se le dió en el Convento donde llevó diez años de una vida tibia y muchos más de una vida fervorosa y santa.

J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.

— F I N —

LA CRUZ

REVISTA MENSUAL DE ASCETICA Y MISTICA
dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

Año XXX Número 360 1º de Diciembre de 1950

Director: J. G. TREVIÑO
Apartado postal 1580. Oficinas: Madero 42-31.
Teléfono 35-00-99 México I, D. F.

SUSCRIPCIONES:
Por un año $ 5.00. — Número suelto, $ 0.45
En el Extranjero, un dollar U. S. A.

—A los agentes, descuentos especiales.—La persona que coloque 10 suscripciones, pago adelantado, recibirá una gratis por un año.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA Y PERMISO DE LOS SUPERIORES

Registrado como Art. de 2ª clase en la Oficina de Correos de Tlalpan, el 1º de febrero de 1921 y en la Oficina de Correos de México, el 20 de enero de 1927.

VIII

AMOR Y PUREZA

TRATAREMOS ahora de la virtud angélica y hermosísima de **la castidad.**

Nuestro Señor la amó de una manera singular y tenemos pruebas clarísimas de esta predilección en el Santo Evangelio: para Madre, Jesús eligió a una criatura purísima, más pura que los ángeles del cielo: María, que es llamada con razón Virgen de las vírgenes, Virgen por excelencia.

Para que fuera su padre putativo, para que hiciera en la tierra las veces de su Padre Celestial, eligió a San José. El Evangelio nos dice que era justo, pero de una manera especial se distinguía en la virtud de la castidad; tanto que en el lenguaje cristiano se le llama de ordinario "**el castísimo Patriarca**"; castísimo por excelencia. Y es natural que solamente a un hombre así, castísimo, hubiera podido confiar el Padre a su Hijo y a la Santísima Virgen.

Entre los Apóstoles, el predilecto de Jesús fué San Juan. El mismo decía con una íntima satisfacción: "**Discípulus ille quem diligebat Jesus. El discípulo que amaba Jesús**". Y le dió pruebas clarísimas de predilección,

porque lo hizo presenciar lo que solamente los íntimos presenciaron: la transfiguración en el Tabor, la resurrección de la hija de Jairo, a la que Nuestro Señor le dió cierto carácter de misterio, y la agonía de Gethsemaní. Y sobre todo, la gran prueba de su predilección fué poner en sus manos a la Santísima Virgen María.

Y la razón de este amor singular que Jesús tuvo a San Juan, nos lo dice la Iglesia en su liturgia: "**porque era el apóstol virgen; porque virgen ingresó al apostolado y virgen permaneció para siempre**".

Se ve claramente la predilección que Jesús tiene por las almas vírgenes. Sin duda que Él recibía a todos, hasta a los pecadores, y comía con ellos; era todo misericordia y venía a salvarnos. Sin embargo, las predilecciones íntimas de su Corazón son para las almas puras y especialmente para las almas vírgenes.

Por eso la Santa Iglesia, con el acierto divino que tiene para todas las cosas espirituales, ha querido que las almas consagradas a Nuestro Señor, las que han de tener con Él mayor intimidad, guarden castidad: los sacerdotes y las religiosas.

Y a la verdad es una virtud bellísima, porque por ella nos asemejamos a los ángeles; o, más bien dicho, nos asemejamos a Dios. Algo celestial, algo divino, tiene esa virtud; como que nos levanta más allá de nuestra pobre naturaleza, nos coloca en una región superior y le da a nuestra alma un esplendor y una belleza singulares.

Los simples mortales, aún los desprovistos de criterio sobrenatural, estiman y aprecian y como que vislumbran la belleza de la castidad. Le llaman virtud angélica; y realmente lo es, porque las almas castas viven en la tierra como en el cielo los ángeles de Dios. Más aún: la castidad nos hace participar de lo divino y nos pone en armonía con Jesús, que es todo pureza y que vivió siempre en la tierra rodeado de pureza.

* * *

Muchas veces hemos afirmado que la pureza es uno de los elementos del espíritu de la Cruz; pero cuando esto afirmamos, no nos referimos exclusivamente a la castidad, aunque sí, sobre todo, a la castidad.

Voy a explicar mi pensamiento: el espíritu de la

Cruz abarca la pureza en todas sus formas: la pureza general, **negativa y positiva.** La pureza negativa es la carencia de faltas, la ausencia de manchas. Un alma pura es un alma que no está manchada. La pureza positiva es una participación de Dios, es algo divino que llevamos en el alma.

Y eso divino no es otra cosa que la gracia —con el cortejo de virtudes y de dones—, que purifica al alma de las manchas del pecado y la diviniza.

Notemos muy bien que la pureza hace dos cosas: **purifica y diviniza.** No solamente produce un efecto negativo, quitando las manchas del pecado; sino que también y sobre todo diviniza, es decir, hermosea, engrandece y pone algo divino en el alma y en todas las facultades.

Esta pureza general es la pureza propia del espíritu de la Cruz, es decir, que estas almas procuran adquirir la pureza en todas sus formas.

Más aún: el espíritu de la Cruz busca la pureza hasta dentro de cada virtud: la pureza en la humildad, la pureza en el sacrificio, la pureza en el amor; porque cada virtud puede ejercitarse con mayor o menor pureza, es decir, sin mezcla de ningún otro elemento.

La pureza del dolor, por ejemplo, consiste en no buscar consuelo, en recibir los sufrimientos con gratitud, en todos esos matices finísimos que indican que el alma verdaderamente ama el sufrimiento e impulsada por el amor, acepta plenamente el sacrificio.

Y lo mismo puede decirse de las demás virtudes.

De manera que no es únicamente la castidad la pureza que busca el alma de la Cruz.

Pero sí es sobre todo la castidad. Digo sobre todo, porque la castidad no sólo es una de tantas formas de la pureza, sino que es una pureza singular, que ha merecido que se le llame, por antonomasia, pureza; porque excluye lo más grosero, lo más repugnante que puede entrar en nuestro corazón.

Me valdré de una comparación para explicar esto: el agua pura en todo rigor es la que llaman "**químicamente pura**"; de manera que no solamente le tienen que quitar la tierra y todas las impurezas que puede tener en suspensión, sino que hay que suprimir todo lo que sea ex-

traño al agua, hasta que no quede más que el oxígeno y el hidrógeno, en la proporción debida. Pero si es verdad que la pureza perfecta abarca todo esto, no cabe duda que un agua a la que se le ha quitado todo lo que traía en suspensión, un agua filtrada, ya es un agua pura, porque se le quitó lo que principalmente enturbia el agua. Después podrán hacerle todas las purificaciones sutiles que realiza la química, pero ya un agua que ha sido filtrada y a la que se le ha quitado la tierra y todas las cosas que antes tenía en suspensión y que la enturbiaban, ya es un agua pura.

Así también, un alma casta ha excluído lo más burdo, lo más grosero, lo más repugnante. Ya es un alma pura. Todavía después vienen matices de pureza en todas las virtudes: pureza en la humildad, y pureza en el sacrificio, y pureza en el amor, etc.

Por esto se le llama pureza por excelencia y por eso dije que si el espíritu de la Cruz tiene como un elemento propio la pureza, principalmente tiene esta pureza que es la castidad.

De manera que las almas de la Cruz, no sólo como cualquiera alma cristiana, ni solamente como cualquiera alma religiosa, sino por razón de su espíritu necesita esta virtud.

Y se ve la razón ¿no son almas consoladoras de Jesús? Para consolar, se necesita intimidad. Para que se pueda consolar a Jesús se necesita tener con Él una dulce intimidad. Pero Jesús quiere para sus íntimas a las almas puras, a las almas castas, a las almas vírgenes.

Las almas de la Cruz tienen que alcanzar gracias de pureza para los demás. Pero para alcanzar esas gracias de pureza, es preciso que ellas mismas sean puras.

Por cualquier aspecto que se considere este espíritu, nos encontramos siempre con la pureza, no sólo en el sentido amplio y general de la palabra, sino en este sentido especial de la virtud santa de la castidad.

Debemos, por consiguiente, tener un cuidado exquisito de conservar y de acrecentar y hacer cada día más brillante esta virtud angélica.

* * *

¿Cómo se logra esto?

Desde luego, el específico, digamos así, contra todo lo que puede manchar la pureza, y el específico que produce la santa pureza, es la Eucaristía.

Y es natural: porque se llama a la castidad "**virtud angélica**", y para ejercitar una virtud angélica, hay que mantenerse, hay que nutrirse con un manjar angélico.

Se pudiera decir en un sentido: "**Dime lo que comes y te diré quién eres**". El que come manjares celestiales, manjares angélicos; es natural que tenga algo de angélico y algo de celestial en sí mismo. Y la Eucaristía es un manjar angélico, es un manjar divino.

Hasta que la Eucaristía fué establecida por Jesús, fué cuando vino al mundo la vida de la virginidad. En el Antiguo Testamento son rarísimas las almas vírgenes, son una verdadera excepción. Desde que vino Nuestro Señor y estableció la Eucaristía, las almas vírgenes se han multiplicado de tal manera que han llenado el mundo.

A ese Sacramento de la Eucaristía se le puede llamar, como en efecto se le ha llamado, "**el Sacramento de la virginidad**", el Sacramento de la pureza.

Para que las almas sean puras deben estar siempre en contacto con ese divino Sacramento: recibirlo todos los días en Comunión y visitarlo con la mayor frecuencia posible.

En segundo lugar, medio eficacísimo para acrecentar la pureza, es el amor a Jesucristo Señor Nuestro.

Muchas veces lo que viene a manchar la pureza es el corazón. Cuando el corazón está lleno del amor de Jesús, no puede entrar allí nada que manche. Cuando se ama verdaderamente a Jesús, se ama la pureza, porque Jesús es la Pureza personificada, porque El ama la pureza, y cuando se le ama se tienen los mismos sentimientos de su Corazón divino.

Un alma que ama a Nuestro Señor y que tiene el corazón lleno de Jesús, está hasta donde es posible garantizada contra todos los embates de la corrupción.

Pero para conservar intacta esta virtud, se necesita un cuidado exquisito para huir de todo lo que pudiera ser peligroso en materia tan delicada.

Claro está que no hay que caer en el escrúpulo, porque esto sería tremendo, y más cuando se tienen en esta

materia delicada; es algo espantoso, porque el escrúpulo excita la imaginación y aviva las tentaciones. Al escrupuloso le pasa lo que a los miedosos, que de noche por todas partes ven espectros y fantasmas; así el escrupuluso anda viendo fantasmas por todas partes.

Hay que evitar cuidadosamente el escrúpulo. Y de una manera especial conviene hacer esto en ciertas tentaciones que son casi invitables en esta vida y que al mismo tiempo son tan penosas y molestas; pero que, si no hay voluntad, lejos de mancharnos, al contrario, sirven para purificarnos.

La tentación nunca es pecado; aun cuando parezca muy cercana al pecado, hay sin embargo un abismo entre la tentación y el pecado.

Antes bien, la lucha fortifica las virtudes; como los vendavales, que sacuden a los encinos y a los robles de la montaña, los hacen más robustos y que arraiguen más hondamente sus raíces.

De manera que no hay que temer demasiado las tentaciones, ni tampoco hacer que por causa de ellas venga el escrúpulo a desorientar la conciencia.

Alguna vez que Santa Catalina de Sena tenía tentaciones horribles, cuando pasó la tempestad le dijo a Nuestro Señor: "**Pero, ¿en dónde estabas, Señor, cuando pensaba cosas tan abominables?**" Jesús le contestó: "**En tu corazón: si no hubiera estado ahí, ¿cómo hubieras resistido tantas tentaciones?**"

De manera que Nuestro Señor, aun en medio de las tentaciones más abominables, no se aparta de nosotros. Y esas tentaciones no son pecaminosas; antes bien, si no tenemos ninguna voluntad de consentirlas, son útiles y provechosas, porque nos purifican, nos humillan y nos hacen merecer.

Pero, si hay que huir del escrúpulo, hay que buscar la delicadeza. En toda clase de virtudes debemos ser delicados; pero de una manera especial en esta virtud. De tal manera que, —no por escrúpulo, sino por amor a la pureza y por amor a Jesús—, rechacemos al instante todo lo que, aun de lejos, pueda opacar un poco el brillo de la virtud espléndida de la castidad y huyamos de todo lo que pueda oponerse a ella, con grande generosidad y delicadeza.

Y un auxiliar poderosísimo e indispensable de la

castidad, que viene precisamente a producir en las almas esta delicadeza, es la modestia. Es un auxiliar de la castidad, pero un auxiliar indispensable.

Así como los castillos de la Edad Media tenían muchos obstáculos para que no pudiera el enemigo llegar hasta ellos, así también, para proteger la pureza del alma, Nuestro Señor ha querido poner muchas cosas que la circunden y la defiendan y no permitan llegar hasta ella al enemigo: el pudor, la guarda de los sentidos, la mortificación, la modestia...

La modestia de que aquí se trata no es una forma de humildad, como cuando decimos que una persona es muy modesta, en el sentido de que es muy humilde; no, sino que la modestia es ese cuidado exquisito que tenemos con todo lo relativo a nuestro cuerpo, para que no vaya a mancharse ni a manchar nuestra alma.

Llega la modestia hasta modelar, digamos así, nuestras acciones y nuestro trato con nosotros mismos, aún estando solos. Y ese respeto y ese cuidado con que miramos nuestro cuerpo es algo utilísimo para conservar siempre la limpieza de nuestra alma.

Y aun cuando no fuera absolutamente necesario para conservar la pureza del alma, es algo que pone un tinte de gravedad y de decoro en la vida cristiana y sobre todo en la vida religiosa.

Debemos tener, por consiguiente, una modestia exquisita, puesto que este es el foso que rodea el castillo. Y para que el enemigo no penetre, es necesario que con grandísima solicitud, sin escrúpulo, pero sí con delicadeza, cultivemos siempre la modestia, porque es la garantía de la castidad. Y la castidad, la pureza, asegura la predilección de Jesús.

LUIS M. MARTINEZ,
Arzobispo de México.

El Concurso de la Santísima Virgen

(Concluye)

JESUS era, personalmente, la vida interior de María (1). Esa vida, terrestre por su condición y su forma exterior, era celestial por su estado; pero en su último fondo era toda divina".

"La Santísima Virgen comulgó tan perfectamente al Misterio de la Ascensión, que todo lo que de ella podía pasar y vivir en el paraíso, sin hacerla humanamente morir, subió con Jesús para no descender más. Recibió tan plenamente al Espíritu Santo en Pentecostés que todo el fruto y la plenitud del Misterio del Salvador, es decir, la gracia y la gloria en su principio y la Divinidad misma en cuanto es posible sobre la tierra, se establecieron en María y se unieron a Ella y se hicieron suyas como un bien que la justicia y el amor le aseguraban de consuno y por la eternidad. Se puede decir, por tanto, que estaba toda en Dios con Jesús y que Dios con Jesús estaba todo en Ella".

"Desde ahí, en ese océano de luz pura, en ese firmamento de caridad ardiente, en esa libertad soberana e inviolable; desde ahí, en esa seguridad, en esa paz, en ese comercio viviente e incesante con Dios, cuyo lazo de unión era el Espíritu Santo, y la antorcha y la llama; desde ahí, digo, día y noche, del seno de nuestro valle de sombras y de lágrimas, María contemplaba el Misterio

de Cristo, Misterio en cuyo principio, centro y cima veía que se encontraba y desenvolvía todo el Misterio de Dios''.

''Su memoria infalible conservaba la sucesión completa de los acontecimientos que señalaron el paso de Jesús sobre la tierra; le presentaba los menores detalles con tanta precisión y vivacidad, como si los hechos se estuvieran realizando bajo su mirada. Para escrutarlos, tenía más que el genio de los más grandes hombres, más que la fe de los santos, más que la inteligencia de los Angeles, más que la fuerza de atención de los Tronos, más que la ciencia de los Querubines, más que la mirada de fuego de los Serafines; tenía el Espíritu del mismo Dios''.

''Por eso su contemplación progresaba constantemente. En cada una de las palabras y de las acciones de Jesús, el alma santa de la Virgen descubría cada vez mundos más deslumbradores de verdad, de sabiduría, de hermosura, de bondad, nuevas manifestaciones en fin de todas las perfecciones divinas, sobre todo de las que, para nosotros, permanecen más ocultas porque son más eminentes''.

''Sin duda que la Virgen había meditado siempre y comprendido estos Misterios. Pero son la obra, el don y la vida manifestada de ''**esa sabiduría**'' de la cual se ha dicho que debemos ''**escudriñar como un tesoro** (2)''. Pertenecen al orden de esas realidades superiores en las que, ''**cuando el hombre piensa estar en el término, no está sino al principio** (3)''. Después, sin hablar de los inapreciables y continuos progresos que hacía el entendimiento de María bajo la conducta de ese espíritu que la llevaba de ''**claridad en claridad** (4)''; podía ahora contemplar el Misterio total del Mesías en la gloria donde se encontraba ya y que servía a toda su vida —como a su doctrina y a su obra— de conclusión, de confirmación y por lo mismo de comentario''.

''Sin tener que hacer ningún viaje, sin salir de ese santuario que era su Corazón Inmaculado, recorría en todos sentidos y hasta sus extremos límites, estos campos benditos. Iba de la vida viajera de Jesús a su vida gloriosa, de sus estados humanos a sus estados divinos. Nada se le escapaba. Veía y saboreaba todo. Hubiera podido enseñar acerca de todo esto a los mismos ángeles. Y todo lo que así veía lo honraba excelsamente, rindiendo

a propósito de todo mil homenajes a Dios y a su Cristo".

"Y después volvía a encontrar en la adorable Eucaristía —en verdad, en sustancia, en plenitud de vida y de virtud— todo lo que su contemplación descubría a su inteligencia; con ese alimento se nutría el alma de la Virgen Santísima divinamente, sobre todo siempre que asistía al Santo Sacrificio de la Misa —uniéndose a Él por la fe y la inmolación de su Corazón— y cuando recibía la Sagrada Comunión. ¡Feliz San Juan que fué tan fiel ministro exterior de estas gracias, que mereció ser con frecuencia el testigo o el confidente de ellas, por lo menos en la humilde medida en que podía serlo!"

"Podríamos útilmente emplear la vida y la podríamos pasar deliciosamente con sólo considerar a las claridades de la ciencia cristiana la oración, las comuniones y toda la vida interior de María (5)".

"Esta vida toda celestial de nuestra Madre es el tesoro de los fieles, tesoro siempre abierto y verdaderamente inagotable. María misma nos invita a enriquecernos con él: "**Si alguno es pequeño,** dice, **que venga a mí** (6)". "**Venid, amados míos, comed mi pan, bebed hasta embriagaros y saciáos de mis frutos** (7)". "**Es mía la riqueza, es mía la ciencia, es mía la gloria, es mío el amor, y son mías todas las opulencias** (8)"; pero el fruto que os exhorto a tomar es ese fruto que es mi tesoro, como yo soy vuestro tesoro; ese fruto cuyo primer germen yo recibí y que di al mundo en unión con Dios; ese fruto de mi fe y de mis entrañas, Jesús, que me llena toda; Jesús, mi abundancia y mi sobreabundancia; Jesús, "**más precioso que el oro, la plata y las piedras preciosas** (9)". Con Él os quiero alimentar, porque es vuestra vida como es la mía, y verdaderamente la vida absoluta (10)".

"¿Pero qué es usar de un tesoro y de semejante tesoro? Apoderarnos de él, sin duda alguna. María es un tesoro de gracias que hacemos nuestro **orando**; María es un tesoro de virtudes que hacemos nuestro **imitándola**. "Orar a María es fácil y dulce a todo hijo de María; pero es necesario rogarle con fe, con un corazón confiado y ferviente, y en el Espíritu de su divino Hijo, que es también su espíritu... No solamente cada oración que recibe se refleja de su Corazón, siempre humilde y fiel, hasta el seno del Padre Celestial, fin de todo culto y fuente de todo bien; no solamente esta oración se refleja de ahí, purificada, santificada, fecundizada, por ese

Corazón tan santo por donde pasa; sino que María misma nos escucha y pone en nuestras manos las gracias imploradas''.

''Por la virtud de Jesús y en unión con Él es la soberana del cielo, la intendente de la casa de Dios y la dispensadora de sus tesoros. Roguémosle, pues, y todos los días, especialmente en sus fiestas. Roguémosle en nuestras penas para que nos haga pacientes; roguémosle en nuestras alegrías para que las guarde puras; roguémosle en nuestras luchas para que permanezcamos firmes y salgamos de ellas victoriosos. Roguémosle por nosotros y por los demás; por los justos y por los pecadores. Roguémosle a veces vocalmente, a veces mentalmente; pero siempre con todo el corazón, con respeto, sencillez, ternura; en fin, como un niño, que se sabe muy amado, ruega a una madre que sabe perfectamente que es buena y amorosa''.

''¿Qué nos rehusará aquella a quien Dios no rehusa nada? Cien veces se nos han repetido estas grandes palabras de los santos. María ora sin duda e intercede, **aborda con reverencia, como toda criatura debe hacerlo, ese altar de oro de la reconcialiación, que es Jesucristo; pero manda aquí más que ora y se presenta menos como una sierva que rinde obediencia que como una Señora que reclama sumisión** (11)''.

''Y porque la oración es algo más que una súplica y una petición, oremos a esta Virgen Santísima como oramos a Dios, esto es, para rendirle homenaje, honrarla, alabarla y exaltarla. Hace siglos que los santos ángeles la contemplan, y su admiración es tan nueva como el primer día; Dios mismo la considera, mirándose en ella como en un espejo purísimo; y cuando la contempla, más que cuando ve todo el resto de sus criaturas, se felicita y se alegra de haber creado''.

''Apropiándonos así por la oración este tesoro infinito de gracias, hagamos nuestro, sobre todo por la imitación, este inmenso tesoro de virtudes. ''**Nadie sube al cielo**, dice Nuestro Señor, **sino el que ha descendido del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo** (12)''. Jesús, Pontífice supremo, ''**entra por su propia sangre en ese Santo de los santos**'', que es la Divinidad (13). Nadie puede entrar, sino después de Él y por Él; y habiendo sido el primero en entrar, se ha convertido en ''**la puerta** (14)''. Ahora bien, esta puerta se abre ante todo

para María, la primera elegida de Dios, la primera conquista de Cristo. De aquí se sigue que no se puede penetrar en adelante, sino después de Ella: "**En pos de la Reina**, canta David, **las vírgenes serán conducidas al Rey y tendrán acceso a su templo** (15)".

"Las huellas de esta Virgen forman, pues, el camino del paraíso; digo sus huellas, esto es, sus virtudes, sus obras, sus ejemplos. María recorrió nuestros senderos, sobre todos los humildes, los dolorosos, los difíciles. Cada paso que en ellos dió proporcionó a Dios una gloria inenarrable y a los hombres, que son sus hijos, lecciones admirables. Estas son precisamente sus huellas. Es algo mejor que poesía, decir que dondequiera que posó sus plantas germinaron flores y que sembró perlas a lo largo del camino y embalsamó todo el sendero de la perfección".

"Adhirámonos a Ella y que nuestra vida consista en imitarla. Así acumularemos riquezas inauditas. Sin duda alguna que seguir a la Madre es también seguir al Hijo. Nadie como ella puede decir: "**Imitadme como yo imito a Jesucristo** (16)". Por tanto, vayamos así a Belén, a Egipto, a Nazareth, a Gethsemaní, al Calvario; trabajemos, suframos, lloremos; aun puede suceder que, después de haber derramado lágrimas, acabemos por verter sangre... Pero no sé qué magia ejerce esta Virgen bendita, tanto sobre las cosas como sobre las almas, que sufrir cerca de Ella y en unión con Ella es para todos los que la aman el más dulce de los consuelos (17)".

* * *

Tal interés tiene Dios en que usemos de este tesoro, creado expresamente para nosotros, que para obligarnos —en cierta manera— emplea las razones más apremiantes. "**Los que han implorado a María e imitado sus ejemplos, es decir, los que han usado bien de este tesoro, estrecharán su amistad con Dios**". Buscamos la unión con Jesús, la queremos a toda costa; pues bien, la Sabiduría nos revela el lugar donde se encuentra esa perla preciosa: ese lugar es María: "**Infinitus est thesaurus hominibus, quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiae Dei** (18)".

"Veamos cómo es verdadera esta palabra de nuestros Libros Santos —dice Mons. Gay, comentando este

pasaje—: cuando el hombre piensa que está en el término, apenas está en el principio. Convengamos que tener para nosotros un tesoro como la Sma. Virgen y poder usarlo sin cesar y libremente es una fortuna que satisface las más atrevidas ambiciones. Todo el trabajo que se ha hecho sobre la tierra, desde el primer surco que trazó la mano del hombre, hasta la última gota de sudor que el último de los hombres dejará caer sobre ella, será más que pagado por el solo hecho de que Dios nos hubiera abierto este tesoro un solo día. Y no durante un día nos lo abre y nos lo entrega, sino todos los días, hasta el fin de nuestra vida; y además, aprovechar ese tesoro se convierte en un título para poseer un bien infinitamente mejor, el bien supremo y absoluto, la amistad de Dios. ¿Quién nos dará a entender lo que significan estas tres palabras?''

''Ser amado de una criatura inteligente, buena, hermosa, tierna, fiel, abnegada, santa en fin; entrar en el secreto de su vida, recibir las irradiaciones de su espíritu y las expansiones de su corazón; gozar de su fidelidad, apoyarse sobre su fortaleza, mirar como propio todo lo que es suyo, estar seguros de ser comprendidos si le hablamos, consolados por ella si sufrimos, asistidos si tenemos necesidad, levantados si caemos, perdonados si pecamos, amados siempre, en fin, amados a pesar de todo lo que pueda suceder...; es esta una dicha tan excelente que apenas si se encuentra sobre la tierra, por más que no nos desalentamos nunca en buscarla''.

''Pero la amistad de Dios, ¿quién podrá comprenderla?...''

''¡Que la soberana majestad de ese Dios, convertido en amigo del hombre, no haga que quitemos nada de lo que contiene para nosotros la idea de la amistad! ¡Oh! sin duda alguna que hemos de quitar todo lo que forzosamente se mezcla de imperfecto a los afectos humanos; por ejemplo, la insuficiencia, la impotencia, la desigualdad, la inconstancia: todo lo que hace que, un momento después de que el corazón parecía saciado, comience de nuevo a suspirar y que a pesar de todas las prendas recibidas no pueda dejar de temer...''

''Quitemos todo eso; pero dejemos todo lo demás: todo el fondo, todo el bien, todo lo que dilata, pacifica y vuelve feliz; dejemos la simpatía, la comprensión, la confianza, la seguridad, la intimidad, la unión; elevemos to-

das esas cosas hasta la perfección más alta; bajo cada una de esas palabras, en el centro y en el corazón de las arrobadoras realidades que expresan, pongamos la verdad, la vida, la verdad esencial, la vida plena e inmutable, Dios en fin..."

"Y porque esa amistad de Dios hacia nosotros sobrepasa a todos los amores posibles entre las criaturas, unamos a la vez la idea de Dios y la idea del amor, concibamos a Dios amando con un verdadero amor; digámonos en seguida que nosotros, tan pequeños, tan viles, tan débiles ¡ay! tan pecadores, tenemos, sin embargo, el permiso, el derecho, el deber de entrar, de avanzar, de sumergirnos, de fijarnos para siempre en ese amor de Dios, en ese amor que es Dios, y de recibirlo al mismo tiempo en nuestra alma y de recibirlo como nuestra riqueza personal y nuestra propiedad eterna..."

"Digámonos también que el medio seguro, regular, infalible de subir a tales cimas y de gozar de tan admirable dicha, es unirnos a María, rogarle, imitarla, honrarla y amarla: María, de la que nació Jesús llamado el Cristo, María, bendita entre la multitud de los hombres y de los ángeles, María, el ideal, el amor, la alegría del cielo y de la tierra; en fin y para concluir todo, repitámonos esta prodigiosa palabra que sirve de apoyo y de principio a todas estas reflexiones: María es para los hombres un tesoro infinito; y todo el que aproveche este tesoro, estrechará su amistad con Dios; y que se me diga entonces si pueden imaginarse caminos más sublimes y más encantadores que los que Dios nos ha preparado y, por consiguiente, si puede haber un destino más feliz que el nuestro".

"¡Oh Dios! ¿de qué nos quejamos y verdaderamente qué podemos desear? ¡Somos amados de ti! Cuando no te amábamos todavía, tú ya nos amabas; y por poco que te amemos ¿hasta dónde experimentamos los efectos de tu amor? Hemos anudado y podemos siempre anudar contigo una amistad estrecha; nosotros que somos pobres, pequeños, despreciados del mundo, ignorantes; nosotros, tan destrozados por las consecuencias de nuestras iniquidades..."

"Y el nudo de esta amistad divina es Jesús; el hilo con que se forma este nudo es la Madre de Jesús. Qué hilo! ¡Qué nudo! ¡Qué lazo tan apretado!"

"¡Ah, exclamaba San Pablo, —un cautivo del Señor, como él mismo se nombraba (20)— **¿quién me separará jamás del amor de mi Dios que es en el Cristo Jesús** (21)?" ¡Estar ligado a Jesús, a María, por una relación de gracia, era ya algo tan grande y la fuente de tan puras delicias! Y sin embargo, esto no es más que un preludio, una iniciación, un medio. Jesús es mediador, María es mediadora; los dos no tienen su descanso supremo, no dan por terminada su obra, sino cuando nos lleven a Dios y nos vean unidos a Dios, consumados totalmente y para siempre consumados en Dios. ¡Oh mi Rey, oh mi Reina! ¡Oh mi Padre, oh mi Madre! ¡Oh mi Hermano, oh mi Hermana! Oh Jesús, oh María! ¡Multiplicad y apretad sin cesar los lazos que a vosotros nos unen! (22)"

SEMINATOR CHRISTI

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

Con este artículo termina la segunda parte de nuestro estudio sobre la "**Vida de Unión con Jesús**", en la que se trató de "**Las Condiciones de la vida de Unión**". En 1951, con el favor de Dios, publicaremos la tercera y última parte: "**Práctica de la Vida de Unión con Jesús**".

NOTAS

(1) Galat., II, 20; Coloss., II, 4.—(2) Prov. II, 4.—(3) Eccli., XXXIV, 8.—(4) II Cor., III, 18.—(5) Entretiens sur les mystères du Rosaire, II, p. 353-357.—(6) Prov., IX, 4.—(7) Ibidem., IX, 5.—(8) Ibidem., XIII, 18.—(9) Ibidem., VIII, 19.—(10) Conférences aux Mères chrétiennes, II, p. 2278-279.—(11) S. Petr. Damian. Serm. XLIV. In Nativ. Mariae Virg.—(12) Joann., II, 13.—(13) Hebr., IX, 12.—(14) Joann., X, 9.—15 Ps. XLIV, 13.—(16) I Cor., IV, 16.—(17) Conférences aux Mères chrétiennes, II, p. 280-283.—(18) Sap., VII, 14.—(19) Matth., I, 16.—(20) Ephes., III, 1.—(21) Rom. VIII, 35.—(22) Conférences aux Mères chrétiennes, II, p. 280-283.

La Soledad de María

LA COMUNION DE MARIA Y LA NUESTRA

ANTES de dejar el altar donde María acaba de recibir a su Hijo divino, permanezcamos un instante más cerca de Ella, esperando que termine su acción de gracias y tratemos de descubrir por nosotros mismos, a luz de sus ejemplos, la ciencia de comulgar bien.

Todos los que honramos a la Madre de Jesús con un culto filial deberíamos tomar la piadosa costumbre de recibir como de sus manos la Sagrada Comunión.

Se refiere del Abad Rancé, reformador de la Trapa, que había dado al sagrario de la iglesia de su Monasterio la forma de una urna riquísima. Esta urna descansaba sobre las rodillas de una gran estatua que representaba a la Sma. Virgen, sentada, de manera que parecía llevarla en sus manos y presentarla a los religiosos. El célebre Abad tradujo nuestro pensamiento con esta encantadora imagen. El mismo regazo de la Sma. Virgen que llevó a Jesús Niño lo sigue sosteniendo en su virilidad eucarística; ya que nos dió a Jesús en la visibilidad de su carne, nos lo ofrece una vez más en el sacramento donde se oculta.

Es que, en efecto, el pensamiento de la Virgen y de la Eucaristía se unen naturalmente, se sostienen, por decirlo así, y uno exige el otro. María, que nos ofreció al Niño Dios en Belén, nos presenta al pie de la Cruz el cuerpo inanimado de Cristo envuelto en su mortaja; y en el altar nos lo da, una vez más, envuelto en los lienzos eucarísticos.

¿No es esto lo que piensa la Santa Iglesia cuando nos autoriza a cantar ante el Santísimo Sacramento la hermosa secuencia "**Ave Verum**": "Te saludo, oh Cuerpo nacido verdaderamente de la Virgen María"?

De esta manera, en el momento en que Jesús sale de su sagrario, el recuerdo de María se reaviva en nuestras almas. María se nos aparece como la Custodia donde brilla el Cuerpo del Salvador. En efecto, la Santa Hostia es un presente de la Sma. Virgen; San Agustín nos lo dice en cuatro palabras repetidas con frecuencia: "**Caro Christi, Caro Mariae, la Carne de Cristo es la Carne de María**". Ese Cuerpo, esa Sangre de Cristo que en el altar se convierten en nuestro alimento y en nuestra comida, tienen su origen en María. La sustancia de María fué lo que se convirtió en la sustancia de Jesús, de manera que María es uno de los principios constitutivos del Santísimo Sacramento; contribuye a él como el grano sembrado produce la espiga que, a su vez, forma la mies riquísima.

* * *

Podemos, pues, aplicar a María, ofreciéndonos en el Santísimo Sacramento la Carne y la Sangre de su Hijo, este hermoso pasaje del libro de los Proverbios, donde se habla del festín que la Sabiduría ha preparado en su casa: "**La Sabiduría edificó una morada y la adornó con siete columnas. Inmoló sus víctimas, mezcló vino y preparó su mesa. Envió a sus servidores para traer a los invitados a su palacio: "Si alguno es pequeño que venga a Mí". A los que todavía no poseen la Sabiduría les dice: "Venid y comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado. Dejad la infancia, venid y caminad por los senderos de la prudencia** (1)".

(1) Prov., IX, 1.

Palabras llenas de alegoría: en el interior de la Iglesia católica, templo de Dios, sostenida por siete columnas, María ha amasado su pan y escanciado su vino y aderezado su mesa. A su propia Carne, a su propia Sangre mezcla, para hacer el pan de los ángeles, el agua que brota hasta la vida eterna, quiero decir, al Verbo de Dios que se hizo una sola y misma Persona con esa Humanidad que le ofreció su Santísima Madre. A nosotros, los pequeños del reino y a todos los que no hacen sino balbucir las primeras palabras de la sabiduría cristiana: "**Venid** —nos dice— **comed el pan, bebed el vino que os he preparado**". Soy yo quien os ofrece este alimento y esta bebida que os dará la divina Sabiduría.

También hay una relación misteriosa entre el Santísimo Sacramento y esta otra palabra que María escuchó de los labios moribundos de Jesús: "**Mujer, he ahí a tu hijo**", palabra con la cual proclamó a María nuestra madre en el orden de la salvación. El oficio de María, toda su ocupación en el cielo, consiste en realizar esta palabra, engendrándonos en Cristo, o mejor, engendrando a Cristo en nosotros.

Si María es nuestra Madre, como todas las madres debe tener preparado para sus hijos un alimento en relación con la vida que les comunica. Este alimento es el pan del altar que tiene por efecto aumentar en nosotros la vida divina de Jesús, puesto que alimenta y nutre la vida de la gracia.

* * *

Pero, ¿cómo podrá la Sma. Virgen desde lo alto del cielo hacer que llegue hasta nosotros el pan y el vino del altar? —Por sus oraciones, sus inspiraciones piadosas, su regio poder en la Iglesia. Orará para alcanzarnos la gracia eucarística; nos inspirará el respeto, el amor a la Eucaristía y el deseo de recibirla como se debe; encenderá en nuestras almas la sed y el hambre de la sagrada Comunión; nos hará comprender que esta sed y esta hambre son la señal más segura de la salud de nuestra alma; nos hará caminar por los senderos de la sabiduría donde, viendo en una luz cada vez más viva la presencia de Jesús en la Hostia, nos esforzaremos por mantener pura nuestra conciencia para que podamos alimentarnos y

abrevarnos con el Santísimo Sacramento de nuestros altares, con mucha frecuencia, todos los días.

A nosotros nos toca entrar en el gran pensamiento de María, pidiéndole con frecuencia que nos obtenga esta gracia eucarística, de la cual desea tanto vernos animados. Tengamos muy en cuenta que no podemos dar a Nuestra Madre una prueba más grande de ternura filial que mostrando un amor inmenso por la sagrada Eucaristía.

Ofrecer a María comuniones muy bien hechas es realizar el más íntimo de sus deseos; es honrarla, es celebrar sus fiestas de la manera que más le agrada; es mostrar que sabemos muy bien en qué consiste la devoción que le hemos profesado.

Los que verdaderamente son sus hijos, que se apresuren a entrar en su casa y a sentarse a su mesa, para nutrirse y abrevarse con la vida divina de Jesús, es decir, con el pan y el vino que nos ha preparado y que nos presenta su Sma. Madre.

* * *

Podemos ir más lejos y honrar de una manera más directa las comuniones que la Sma. Vrgen hizo sobre la tierra.

Nada se pierde de lo que ha sido recogido por la Iglesia: los méritos de Jesús y de María y los de todos los santos que constituyen un fondo común de gracias, que es la riqueza de todos los bautizados; de manera que cada uno de los hermanos de Jesús puede y debe tomar de este tesoro. Ahora bien, ciertamente que las comuniones de la Sma. Virgen son una de las grandes riquezas de la reserva católica: todos tenemos derecho de tomar de esa riqueza una parte abundante.

Por tanto, cuando asistamos a la Santa Misa o debamos comulgar, unámonos a las preparaciones tan perfectas por las cuales María se disponía a recibir a Jesucristo. En lugar de volver sin cesar sobre nuestras distracciones, sobre la sequedad de nuestro espíritu, la frialdad de nuestro corazón, verdaderas bagatelas para Él que mejor que nosotros conoce nuestra debilidad; recordemos a ese divino Señor las adoraciones de María cuando llamado por San Juan descendía al altar del Monte Sión. Representémosle los actos de fe que entonces le dirigía su

Sma. Madre y con qué vehemencia decíale: "¡**Ven, Señor, Hijo mío, ven! Mira una vez más la humildad de tu sierva, ven a consolarme entregándote a mi amor!**"

Cuando recibamos la hostia santa permanezcamos unidos con el pensamiento a María cuando comulgaba. Deseemos contemplar ese pan de los ángeles con los ojos de la Sma. Virgen. Al sacerdote que nos dice: "**El cuerpo del Señor**", respondamos como lo hacía María: "**Amén**". Digamos a Jesús que tome de los labios de su Sma. Madre esas protestas de amor con que Ella envolvía las especies eucarísticas.

Y después de comulgar, cuando poseamos a Jesús en nosotros, ¡oh! entonces invoquemos a María y conjurémosla que nos asista y que venga a dar gracias con nosotros al Señor. Celebremos juntos la fiesta del que es para María un Hijo y para nosotros un hermano adorado. Repitamos cada una de las palabras del cántico de María; que nuestra voz se una a la de su Sma. Madre para repetir el **Magnificat** y, puesto que ignoramos las otras oraciones que le dirigía a Jesús mientras habitaba en su corazón, hablemos a Nuestro Señor de esas conversaciones cuyo recuerdo dulcísimo guarda en su corazón, porque le hacen revivir los instantes más deliciosos que pasó sobre la tierra.

¡Me siento impotente para declarar qué agradables son a Jesucristo y qué abundantes en gracias son para nosotros esas comuniones hechas así bajo la impresión del pensamiento de María!

* * *

Al mismo tiempo, nos encomendaremos a las oraciones del Apóstol San Juan, para que nos alcance comulgar con fe y con fervor. A causa de esa disposición de la Providencia, según la cual los santos del cielo reciben, para dispensarla en seguida, la gracia de las virtudes que practicaron durante su vida mortal, San Juan debe ser poderoso para alcanzarnos el amor eucarístico. Después de que en la Cena se mostró el amigo de Jesús ofreciéndole el corazón más puro del Colegio Apostólico, fué designado en el pensamiento de Jesús para ser el apóstol de la Eucaristía.

No nos extrañemos de que su Evangelio sea el úni-

eo que no nos refiera la Institución; cuando escribió, la Eucaristía era el secreto de la Iglesia cuya historia no se entregaba sino a los santos. Pero, en cambio, San Juan nos ha conservado los hermosos discursos de Jesús que promete la Eucaristía y que manifiestan sus efectos divinos en el corazón de los que la reciben como se debe: Juan es el sacerdote de los santos Misterios. El es, como lo dijimos ya, el que recibió el inefable privilegio de dar la comunión a María y también la gracia de disponer a las almas fieles para que se acerquen dignamente al altar.

Obraremos, pues, acertadamente y con un gran provecho para nuestra alma, pidiendo a este gran santo que nos alcance de Jesús el sentido íntimo de la Eucaristía. El discípulo de la Cena y del Calvario hará de nosotros fervientes discípulos del Misterio sagrado: "**Siempre que comamos el pan del altar,** como el Apóstol predilecto, **anunciaremos dignamente el Misterio de la muerte del Señor hasta que venga** (2)".

(2) I Cor., XI, 26.—Perdreau, "*Les Dernières Années de la Très Sainte Vierge*".

INDICE DEL AÑO XXX
1950

LA VIDA LITURGICA

Págs.

La Unica fiesta.—*J. G. Trevino, M. Sp. S.* 2
Nochebuena.—*Mons. Martínez* 7
Alleluia!—*J. G. Trevino, M. Sp. S.* .....110 y 146
La Mañana de la Resurrección.—*Tarsicio Romo, M. Sp. S.* 118
La Alegría de Pentecostés.—*Tarsicio Romo, M. Sp. S.* 153
Lo que en la Hostia se encierra.—*J. G. Treviño, M. Sp. S.* 182

La Soledad de María.—*P. Perdrau*:
María asiste a la Santa Misa..... 311
María comulga . ..... 353 y 389
La comunión de María y la nuestra..... 422
La definición del Dogma de la Asunción..... 362

ASCETICA

Humildad y Verdad.—*J. Beateman*.... 12, 58, 139 y 169

La Oración.—*Mons. Martínez*:
Artículo XI 46
Artículo XII 84
Artículo XIII 162

El Terrible deber cotidiano.—*J. G. Treviño, M. Sp. S.* 74

La Virgen que piensa.—*Tarsicio Romo, M. Sp. S.*... 91

Págs.

La Tibieza.—*J. G. Treviño, M. Sp. S.*: 218
Artículo I.—En qué consiste la tibieza..... 220
Artículo II.—Efectos desastrosos de la tibieza... 254
Artículo III.—Cómo conocer si un alma está o no en la tibieza..... 290
Artículo IV.—Sus remedios 398

Mortificación Cristiana.—*J. Bacteman*:..... 236
Artículo I.—Fundamento de la mortificación... 237
Artículo II.—Prácticas de la mortificación.278 y 321

PAGINAS MISTICAS

La Vida de unión con Jesús según la Doctrina de Mons. Gay.—*Seminator Christi*:
El Amor de Jesús.....18 y 51
La fidelidad a la gracia..... 95 y 134
El recogimiento 196
El desprendimiento .....230 y 270
El Don de Dios .....304 y 346
El concurso de la Santísima Virgen..... 383 y 414

El Camino Regio del Amor.—*Mons. Martínez*..... 124
Amor y felicidad..... 125
Amor y consuelo..... 188
Amor y fecundidad..... 224
Amor y desprendimiento.....261 y 295
Amor y humildad..... 337
Amor y pobreza..... 379
Amor y pureza..... 407

VOCACIONES

Lo inmutable y lo efímero.—*J. G. Treviño, M. Sp. S.* 38
En las cimas.—*Tarsicio Romo, M Sp. S*..... 318

Págs.

LOS MODELOS

CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA.—*J. G. Treviño, M. Sp. S.*
Artículo XXXI. 26

EL PADRE FÉLIX.—*J. Padilla, M. Sp. S.*.. 62, 101 y 212

El B. Vicente Pallotti .....173 y 204

La espiritualidad eucarística de San Antonio Ma. Claret.—*P. Peláez, C.M.F.* 243

Santa Teresa del Niño Jesús y sus hermanos espirituales.—*J. G. Treviño, M. Sp. S.* ..... 326 y 364

BIBLIORGAFÍA 178

Acaba de aparecer:

"HACIA EL DIVINO PADRE"

Ensayo sobre la espiritualidad del P. Félix de Jesús Rougier, por el P. J. Padilla, Misionero del Espíritu Santo.

El P. Félix Rougier, tan conocido y venerado por los lectores de la revista "La Cruz", fué sin duda un alma muy amada de Dios y de intensa vida interior. Conocerlo más íntimamente creemos que será provechoso a las almas y por eso hemos querido estudiar más que su actividad exterior su vida espiritual.

Tal es el objeto de este libro.

Un volumen de 21 x 14 cms. y 200 páginas, $ 7.50 rústica.

OBRAS

del Exmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez

ARZOBISPO DE MEXICO

Volúmenes de 21 x 14 cms.

"EL ESPIRITU SANTO".—3ª Edición.—Tiene 4 tratados: I.—La verdadera devoción al Espíritu Santo. II.—Los Dones. III.—Los Frutos. IV.—Las Bienaventuranzas.—Con 420 páginas, $ 12.00.

"JESUS".—3ª Edición. — Páginas admirables sobre la fisonomía de Jesús.—Tiene 4 partes: I.—Las enseñanzas de Jesús. II.—La transformación del alma en Jesús. III.—El interior del Corazón de Jesús. IV.—El descanso divino.—$ 6.50.

"LA PUREZA EN EL CICLO LITURGICO".—Obra de grande originalidad, que nos presenta la pureza a través del ciclo litúrgico. Contiene además "Espigas litúrgicas", o sean varias elevaciones sobre las diferentes etapas del ciclo litúrgico.—Con 238 páginas, $ 3.50.

"SANTA MARIA DE GUADALUPE".—2ª Edición.—Magnífico comentario sobre las palabras de la Santísima Virgen en el Tepeyac.—Contiene además varios artículos guadalupanos.—Con 224 páginas, $ 3.75.

"A PROPOSITO DE UN VIAJE".—3ª Edición.—Notas personales e impresiones íntimas llenas de unción divina y de arte exquisito, a propósito de un viaje por América, Europa y Asia, $ 4.50.

"EL SACERDOTE", Misterio de amor".—Páginas llenas de elocuencia y de unción, de ideas profundas y luminosas sobre el sacerdote católico.—Con 306 páginas, $ 5.00.

"ALMAS PROCERES".—Sugestivas monografías de algunas almas escogidas, $ 4.00.

"VIDA ESPIRITUAL".—Es la 2ª Edición de "Simientes Divinas" notablemente aumentada de 190 a 344 páginas, $ 6.75.

"LA INTIMIDAD CON JESUS".—Trata de la unión e intimidad con Jesús mediante el ejercicio de las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad.—Un volumen de 280 páginas, $ 8.00 rústica.

"SECRETS OF THE INTERIOR LIFE".—Versión autorizada de "Simientes Divinas". Traducción del R.P. Beutler, C.M.—B. Herder Book Co.

"APUNTES PARA SERVIR A LA HISTORIA DEL ARZOBISPADO DE MORELIA" por el M.I. Sr. Cngo. Lic. D. Juan B. Buitrón.—Prólogo del Excmo. S. Dr. D. Luis M. Martínez, Arzobispo de México.—Un volumen de 24 x 17½ cms., de 344 páginas, en magnífico papel biblios, con numerosos grabados y carátula a colores: Precio de propaganda: $ 15.00 rústica, $ 17.50 tela.

OBRAS
del Padre J. GUADALUPE TREVIÑO M. Sp. S.

Volúmenes de 21 x 14 cms.

"LA EUCARISTIA".—5ª edición.—Meditaciones sobre la Eucaristía, 232 páginas, $ 5.00. — Traducciones en inglés y holandés.

"CONFIEMOS EN EL".—4ª edición.—Reflexiones para despertar la confianza en N. S. 274 páginas, $ 5.50.

"MADRE".—4ª edición.—Págs. sobre la Sma. Virgen en su misión tan consoladora de Madre de todos los hombres, $ 3.80.—Traducción en holandés.

"SENDEROS DE LUZ".—2ª edición, $ 5.50.

"SENDEROS DE PAZ".—2ª edición, $ 5.00.

"SENDEROS DE AMOR".—2ª edición, $ 4.75.

Estas tres series forman un pequeño tratado sobre la vida espiritual al alcance de todos los fieles.

"LA MUJER".—2ª edición.—Expone la noble y elevada misión de la mujer. 200 páginas, $ 3.75.

"SI QUIERO, PUEDO SER SANTO".—2ª edición.—La Santidad está al alcance de todos. 234 páginas, $ 5.50.

"HACIA LAS CUMBRES".—2ª edición.—Páginas de heroismo para la niñez y la juventud. $ 3.80.

"EL REINADO DEL ESPIRITU SANTO".—La Acción del Espíritu Santo en las almas, $ 3.50.

"PERFUMES LITURGICOS".—Para asimilarse el espíritu de la Iglesia, siguiendo el Ciclo Litúrgico. 350 páginas $ 6.50.

"PADRE, SANTIFICALOS EN LA VERDAD".—Disipa los errores en el camino de la perfección. 278 páginas, $ 6.00.

"ESCONDIDA SENDA".—Páginas sobre la vocación y la vida religiosa. 266 páginas, $ 4.75.

"VIDA".—Reflexiones sobre la vida de la gracia y la vida de la gloria, $ 4.00 rústica.

"SANTIDAD Y BUENA VOLUNTAD".—Traducción del francés.—La santidad al alcance de todos. $ 5.50 rústica.

"ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA".—Su vida — sus obras — sus pruebas.—2ª edición corregida y aumentada, $ 4.25.

"UN ALMA SACERDOTAL".—Su fisonomía — sus escritos.—Biografía del P. Javier M. Calderón y una selección de sus escritos. 120 págs. y 8 grabados fuera del texto, $ 5.00.

"LA SONRISA DE UN ALMA".—Biografía edificante. 80 págs., $ 2.00.

"LAS RELIGIOSAS DE LA CRUZ".—Su vida — sus fines — su oportunidad (Agotada).

"UN APOSTOL DE LA CRUZ".—Concepción Cabrera de Armida.—Su vida — su espíritu — sus obras.—Prólogo del Exmo. Sr. Martínez, Arzobispo de México.—330 páginas y 20 grabados fuera del texto. Rústica, $ 8.00; encuadernación especial, $ 10.00.

EL SACRAMENTO DEL PERDON DIVINO. Instrucciones sobre la Confesión. $ 0.75.

"¡YO LA MATE...!"—Drama en 5 actos, 2ª edición. $ 1.25.

"DOS NAVIDADES".—Drama en 7 cuadros. 2ª edición, $ 0.50.

"DUERME NO LLORES".—Villancico, letra y música. Se requiere para el drama anterior, $ 0.85. Tomando los dos, $ 1.25.

"TRILUDIO GUADALUPANO".—3 cánticos populares, $ 1.75.

"SEIS CANTICOS AL ESPIRITU SANTO Y A LA CRUZ".—$ 2.00.

NUEVO METODO PARA REZAR EL ROSARIO. — VIACRUCIS.—El ciento de cada uno, $ 7.50.

Todos estos libros pueden venderse empastados en tela, con un aumento de $ 1.50 neto.

DE VENTA: Apdo. Postal 1580 - México 1, D. F.

IMP. ALDINA

FOR LIBRARY USE ONLY

Princeton Theological Seminary Library

1 1012 01470 5455